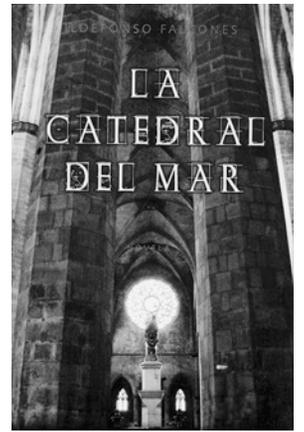


# La catedral del mar

## Historia de una ciudad medieval

Dolores Carbonell



De niño, en las excursiones que hacíamos con el colegio para conocer Barcelona, el profesor nos decía que aquella era la iglesia de los marineros. Recuerdo incluso que llegó a subrayar que la habían construido los marineros...

Así recuerda Ildefonso Falcones su primer contacto con la catedral de Santa María del Mar que, efectivamente, construyeron los marineros, las gentes del mar y junto a ellos, los habitantes del barrio de la Ribera de Barcelona en el siglo XIV. Lo que no sospechaba Falcones, ni de lejos, es que décadas después aquella iglesia habría de convertirse en protagonista de su primera novela —escrita a los cuarenta y tantos— y en motivo para construir una historia que hoy comparten millones de lectores: la de Arnau Estanyol y, a través de él, la de la Barcelona medieval.

Hasta octubre pasado la novela había vendido más de un millón y medio de ejemplares en castellano y se había traducido a

treinta y seis idiomas. Su autor —escritor primerizo y de profesión abogado— también había merecido el premio literario Boccaccio 2007 y conquistado, de gratis, la desconfianza de quienes abominan de cualquier *best seller* sin molestarse, siquiera por curiosidad, en leerlo.

Lo cierto es que en opinión de casi todos sus lectores, gústelo a quien le guste, es que ha nacido otro “contador de historias”.

### UNA EXPERIENCIA SUGESTIVA

Una vez fascinado por la luz y los espacios de Santa María del Mar, a este contador de historias le dio por hurgar en el pasado, investigar cómo era la época en la que se construyó la catedral, cómo se vivía y cómo se sobrevivía.

Estudiarlo —asegura Ildefonso Falcones— fue una experiencia tan sugestiva como profundizar en los cimientos de Santa María del Mar. Y es que, detrás de cada una de las leyes que se dictaban en el medioevo —y aquí habla el abogado— aparece una historia, una nítida visión de cómo debía ser la forma de vida y las costumbres de aquellas gentes...

El escritor descubre así:

El derecho de firma de *spoli* forzada, aquel que tenía el señor feudal para yacer con la novia de sus siervos la noche de bodas. Los “malos usos”, acervo de los privilegios de los señores sobre sus siervos. El derecho del esposo a emparedar de por vida a su mujer adúltera, a pan y agua, si aquella perdía la batalla por su honor... Con toda esta maravillosa información, el paso a plasmarlo en una novela era casi obligado.

### UN VERDADERO EJERCICIO DE DEMOCRACIA

Lo que Falcones no sospechó desde el principio es que acabaría contando un verdadero ejercicio de democracia.

Acostumbro —como señala él mismo— contemplar las grandes construcciones como algo que alguien rico y poderoso puso allí para su enaltecimiento y que, por ende, nos legó a nosotros. En Santa María del Mar no se percibe tal sensación: setecientos años después uno se puede sentir parte de ese proyecto como miembro del pueblo que la levantó.

Para entender con claridad qué quiere decir Falcones hay que conocer, siquiera a grandes rasgos, la historia de este exponente del gótico catalán, sencillo y sobrio. El escritor pone el relato sobre la mesa:

Durante el siglo XIV, cuando Cataluña dominaba el Mediterráneo, el núcleo entre las antiguas murallas ya no podía acoger la creciente población de la Ciudad Condal. Mercaderes, artesanos y nobles se fueron trasladando al antiguo arrabal en el que vivían los pescadores. Casi lindando con la playa se alzaba una vieja iglesia románica —la de las Arenas— que pronto quedó pequeña, pero por entonces ni el Rey ni la Iglesia estaban para dotar al nuevo barrio de un templo.

Mientras el primero dedicaba sus esfuerzos a la construcción de almacenes y talleres, las murallas y otras obras civiles, la Iglesia acababa de iniciar la construcción de la catedral de la ciudad. Por eso, las gentes de la Ribera decidieron construir su templo. Y lo hicieron. Unos, los ricos, con aportaciones dinerarias. Otros, los menesterosos, con su



Interior de la Catedral de Santa María del Mar



© María José Sánchez Utrero

trabajo. Entre éstos figuraron los *bastaixos*, los descargadores del puerto de Barcelona, también llamados *macips* de ribera por su origen esclavo.

Los *bastaixos*, así lo cuenta *La catedral del mar*, asumieron como tarea propia el acarreo gratuito de toda la piedra necesaria para la construcción, desde la distante cantera de Montjuic hasta Santa María, y lo hicieron cargando cada roca sobre sus espaldas. Su papel en esta aventura, que duró más de cinco décadas, les conquistó un lugar de privilegio dentro del edificio. Al gremio de los *bastaixos* se les concedió el honor

de que los ocho cirios más cercanos al cuerpo de Jesucristo fueran los de su cofradía. Nadie, ni siquiera el rey, podía acercarse más a ellos.

Es este espíritu el que poseyó en algún momento a Falcones y que luego, por el efecto mágico que tienen los libros sobre los lectores atentos, se ha extendido mucho más allá de las fronteras catalanas. “Santa María —advierte el escritor— trasciende al mero significado religioso porque representa el esplendoroso resultado de un esfuerzo común”.

Este símbolo, recuperado para el público no experto gracias al análisis histórico y

a la novela, ha recuperado también, por lo menos momentáneamente, su lugar protagónico en la ciudad, para sus habitantes y para el visitante ocasional. Como sucedió durante su construcción, cuando el edificio midió fuerzas con el no menos hermoso templo de la catedral de la ciudad en el Barrio Gótico de Barcelona. Hoy también Santa María del Mar ha recargado su magnetismo. Esta vez gracias a un *bastaiix* de las letras. ■

---

Ildefonso Falcones, *La catedral del mar*, Random House Mondadori, Barcelona, 2006, 670 pp.

Una vez fascinado por la luz y los espacios de Santa María del Mar, a este contador de historias le dio por hurgar en el pasado.